

La idolatría y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

LA concepción de seres sobrenaturales para explicar las fuerzas misteriosas que nos rodean originó la idolatría. Fueron sin duda los legisladores religiosos quienes decidieron mantener la tutela del temor hacia los dioses en la multitud ignorante y con ello nació la glorificación de los ídolos. Estos reinaron en el planeta a lo largo de los siglos hasta que recientemente el hombre ha decidido deificar al dinero y a sí mismo. Tal situación ha sucedido con el descubrimiento de los secretos y leyes a las que obedecen los fenómenos naturales y a la conquista del espacio planetario.

La palabra idolatría es de origen griego y significa el culto a una imagen. El término ha sido aplicado a la veneración religiosa por personas que pertenecen a diferentes órdenes sociales y económicas. Algunos autores católicos sostienen que tuvo su causa antes del diluvio universal al apartarse Caín del verdadero Dios. Sin embargo, no hallamos sobre el punto indicación en la Biblia. La primera alusión acerca de la idolatría aparece en el «Génesis» con referencia a Jacobo, cuando Raquel al huir con su esposo: «hurtó los ídolos que pertenecían a su padre». Este hecho prueba que en Mesopotamia se adoraban objetos como el Sol, la Luna y otros cuerpos celestes a los cuales se atribuía influencia para repartir los mismos beneficios o castigos.

Con posterioridad nació el culto al fuego que supuso cierta degradación puesto que en Tiro y Cartago imperaba la crueldad arrojando niños pequeños a las llamas de un horno encendido como ofrecimiento a Baal. Ceremonias con el mismo contenido sádico se llevaron a cabo en Mesoamérica donde se abrían los tórax extrayendo la víscera cardíaca en sacrificios para rendir un ritual a Huitzilopochtli.

Los egipcios poseían una religión menos incivilizada en la que se mezclaban doctrinas elevadas con creencias bastante vulgares. Entre sus divinidades destacaba Osiris, dios del Sol, quien era bondadoso y benéfico, e Isis que personificaba la Luna y a la mujer. Como contrincante estaba Seth, dios de las tinieblas y malvado caracterizado por su crueldad extrema.

Junto a los anteriores se idolatraba al famoso buey Apis, marcado con signos particulares, alimentado con esmero en un templo donde cuando moría se le enterraba en medio de una ceremonia sagrada. Además los habitantes a orillas del Nilo veneraban a multi-

tud de animales que incluían ratas de agua, gavilanes, cocodrilos y gatos o perros.

Con su viva imaginación los griegos construyeron una verdadera disciplina de la idolatría a la cual denominaron la Mitología. Los artistas y escritores de todas las épocas han extraído de ella cuadros y ficciones que han enriquecido la cultura universal.

Los doce dioses principales personificaban a los elementos, las fuerzas de la naturaleza o las ideas morales. Júpiter representaba al aire, el cielo y era capaz de lanzar el rayo. Apolo constituía la luz del sol y el inventor de las bellas artes. Neptuno fue el dios del mar y estaba armado con un tridente. Marte reproducía la guerra y el valor de los mortales. Mercurio figuraba como el dios de los debates y poseía alas sobre sus talones. Vulcano simbolizaba al fuego domando la materia.

Luego venían las diosas como Juno, protectora de los casamientos. Vesta defensora del trabajo doméstico. La mejestuosa Minerva diosa de la ciencia, la sabiduría y las artes. La representante del placer y el erotismo era Venus y su hijo Cupido. La cacería se amparaba por medio de Diana y las cosechas se sostenían a través de Ceres. Estos doce dioses se congregaban en una de las altas montañas de Tesalia conocida como el monte Olimpo.

En grado inferior a estas deidades que podríamos considerar mayores, los griegos sentían veneración por otros ídolos como Baco, dios de la viña al que representaban en estado de ebriedad montando un asno. En sus fiestas o bacanales todo era ruido, canto y danza.

La diosa Cibeles encarnaba la tierra, mientras Pan presidía a los faunos y sátiros, seres deformes mitad hombre y animal como en el caso de los centauros cuya parte corporal se asemejaba al caballo. Alrededor de las arboledas habitan las ninfas y en las fuentes las náyades, divinidades de los cursos del agua e hijas de Zeus.

El mar poseía figuras como Tetis esposa del océano con sus hijas las Nereidas. Las sirenas constituían ninfas asexuadas caracterizadas por el fuerte encanto de su voz que atraía a los navegantes. La mitad de su cuerpo era de pescado.

Más nobles resultaban las ninfas que acompañaban a las divinidades celestes personificando el desarrollo de la inteligencia como: la historia, comedia, tragedia, elocuencia, música, astronomía, etc. Todas ellas habitan en el monte Parnaso. La imaginación

helena creó también ídolos infernales como Plutón, al cual se le rodeaba de las llamadas «Furias» o agentes de la muerte.

Los romanos copiaron la religión griega adorando a Jupiter, Marte y las Vestales. Sin embargo, Numa Pompilio erigió un templo a la Buena Fe y a Jano, dios con doble semblante que podía entender lo mismo el pasado que el porvenir. De sus iniciales se deriva el nombre que se otorga en distintos idiomas al primer mes del año para unir lo que ha transcurrido con lo nuevo. Jano para los latinos fue también un signo de paz y de guerra, estando abierto su oratorio durante las hostilidades y cerrado en las etapas de tranquilidad.

La curiosa Mitología greco-romana nos muestra la marcha que siguió la idolatría hacia el nacimiento del Cristianismo, el cual reivindicó en su favor la transformación hacia una religión más realista. Sin embargo, la nueva devoción no pudo prescindir de los ídolos y los substituyó por nuevos. Fue así como naturalizó la trinidad indo-egipcia reemplazándola por: padre-madre e hijo. También modificó el culto a Vesta por el de la virgen María al que invistió de solemnidad.

En la vida de Jesucristo se destruyó la idolatría, pero sus sucesores conocían perfectamente la ignorancia de los fieles y crearon un cortejo de divinidades subalternas que poco diferían de la Mitología primitiva. En lugar de ninfas o faunos se inventaron los ángeles y querubines. Además nacieron conjuntos de santos o de vírgenes bienhechoras y se promovió el culto hacia nombres tan extraños como San Gualderico, San Medardo, San Evodio y tantos otros. Incluso valdría la pena preguntarse que pensará el hombre dentro de miles de años cuando encuentre muchas de las reliquias religiosas que adoramos en la actualidad.

Aspectos Psicológicos

Desde 1620 en que se publicó «Novum Organum» Francis Bacon denunció la idolatría que imperaba en su época porque partía de premisas falsas e impedía el que vieran los objetos dentro de la realidad.

Con la aparición del Psicoanálisis a principios de este siglo se comenzó a aplicar la palabra «símbolo» como la representación figurada e indirecta del inconsciente. Según Freud el fenómeno onírico da lugar a que surjan pasajes alegóricos de deseos e impulsos reprimidos que se reproducen en imágenes. Aunque algunos de estos elementos simbólicos sean comunes como aquellos que observamos en los sueños típicos, la mayoría carecen de fijeza y son personales. El

ejemplo que nos ofrece es el de una serpiente que aunque en un buen número de casos será interpretada como el órgano genital masculino, también puede ser vista dentro de otro contexto como el temor a ser invadido por parásitos. Es decir, los símbolos se derivan de las experiencias vitales y las trazas de memoria activadas por algún resto diurno.

El niño construye la realidad de la misma manera que el hombre primitivo y cuando se le van señalando las características de los objetos concretos va creyendo en ellos sin utilizar la observación o llegar a conclusiones lógicas. Por ello cuando los padres le distorsionan la verdad y le imponen ídolos, cree en su existencia aunque sean falsas las premisas bajo las cuales se sostengan.

En la remota antigüedad cuando nuestro concepto sobre las leyes de la naturaleza nos era desconocido fue sencillo que el hombre buscara en los cuerpos celestes los máximos poderes. El sol se constituyó en el objeto adorado al aparecer todas las mañanas y conquistar a la noche. Además desde su altura en el cielo nos proporcionaba la luz y la vida, dándonos el calor anhelado. Su eternidad dio lugar a que se le rindiera culto en los lugares más distantes del mundo como Babilonia y Mesoamérica.

La constante visión de la luna con sus cambios de fisonomía dio lugar a que el hombre primitivo la tomara como deidad. Incluso se la asoció con lo femenino ante la coincidencia entre la menstruación de la mujer y a llegada de la luna llena en un período de 28 días. Los griegos la veneraron como Selene y los romanos le construyeron un templo en el monte Palatino.

Hace un millón de años que el ser humano aprendió a producir el fuego, éste se convirtió en la base de la vida. Con el mismo se dominó el frío y se elaboraron los alimentos por lo cual se le rindió el culto que merecía.

No cabe duda de que el sometimiento de los animales en el antiguo Egipto eternizó la adoración hacia el buey Apis y el perro Anubis. Esta domesticidad produjo nuevas razas y el aprovechamiento de las tierras para la vida sedentaria. El surgimiento de la Mitología griega no fue otra cosa que el predominio de la fantasía y la imaginación de un pueblo culto e inteligente.

Curiosamente uno de los factores que dividió al Psicoanálisis fue la controversia de Karl Jung en relación a Sigmund Freud. El primero insistió en la herencia de un inconsciente colectivo al encontrar símbolos cuyo origen podía trazarse a la más remota antigüedad, pero como vimos en este artículo todos ellos fueron adquiridos y tuvieron un origen completamente natural.